

los consuelos y alivios que se prometia, le habia de ser funestamente gravosa? Pero así fué, como vereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos &c.

ENTRAMOS á la época mas desarreglada de mi vida. Todos mis extravíos referidos hasta aquí, son frutas y pan pintado respecto á los delitos que se siguen. Ciertamente me horrorizo yo mismo, y la pluma se me cae de la mano al escribir mis escandalosos procederés, y al acordarme de los riesgos y lances terribles que á cada momento amenazaban mi honra, mi vida y mi alma: porque es evidente que el hombre mientras es mas vicioso está mas espuesto á mayores peligros. Ya se sabe que nuestra vida es un tejido continuo de sustos, miserias, riesgos y zozobras que por todas partes nos amagan; pero el hombre de bien con su conducta arreglada se libra de muchos de ellos, y se hace feliz en cuanto cabe en esta vida miserable; cuando por el contrario, el hombre vicioso y abandonado no solo no se libra de los males que naturalmente nos acometen, sino que con su misma relajacion se mete en nuevos empeños, y llama sobre sí una espantosa multitud de peligros y lacerias, que ni remotamente los experimentarían si viviera como debia vivir; y de este fácil principio se comprende por qué los mas viciosos son los mas llenos de aventuras, y acaso los que lo pasan peor aun en esta vida. Yo fuí uno de ellos.

Seis meses estuve en mi casa haciendo una vida bien hipócrita; porque rezaba el rosario todas las noches, segun la costumbre de mi difunto padre, salia muy poco á la calle, no asistia á ninguna diversion, hablaba de la virtud y de cosas de

Dios con frecuencia, y en una palabra, hice tan bien el papel de hombre de bien, que la pobre de mi madre lo creyó y estaba conmigo loca de contenta: ¡qué mucho! si la tragó Januario siendo tan veterano en picardías, y tanto lo creyó que un día me dijo: Periquillo, me has admirado: ciertamente que tú naciste para fraile, pues cuando yo esperaba que salieras á coger las primicias de tu libertad absoluta, y que nos daríamos los dos nuestros verdes muy razonables, te veo encerrado y hecho un anacoreta en tu casa. ¡Pobre de Januario! ¡Pobre de mi madre! ¡Y pobres de cuantos se persuadieron á que era virtud lo que solo era en mí una malicia muy refinada!

Trataba yo de conceptuarme bien con mi madre para que confiando en mí totalmente, no me escaseara los medicillos que mi padre le hubiera dejado, lo que no me fué difícil conseguir con mis estratagemas maliciosas.

De facto; mi madre me descubrió y aun me hizo administrador de los bienecillos que habian quedado, y consistian en mil y seiscientos pesos en reales: como quinientos en deudas cobrables, y cerca de otros mil en alhajas y muebles de casa. Cortos haberes para un rico; mas un principalito muy razonable para sostenerse cualquier pobre trabajador y hombre de bien; pero solo eso era lo que me faltaba, y así dí al traste con todo dentro de poco tiempo, como lo vereis.

Cualquier capitalito razonable florece en las manos de un hombre de conducta y aplicado al trabajo; pero ninguno es suficiente para medrar en las de un jóven como yo, que no solo era disipado, sino disipador.

El dinero en poder de un mozo inmoral y relajado es una espada en las manos de un loco furioso. Como no sabe hacer de él el uso debido, constantemente solo le sirve de perjudicarse á sí mismo y perjudicar á otros, abriendo sin reserva la puerta á todas las pasiones, facilitando la ejecucion de todos los

vicios, y acarreadose por consecuencia necesaria un sin número de enfermedades, miserias, peligros y desgracias.

Para precaver así la dilapidacion de los mayorazgos, como la total ruina de estos prodigos viciosos, meten la mano los gobiernos, y quitándoles la administracion y manejo del capital, les señalan tutores que los cuiden y adieten como á unos muchachos ó demientes; porque si nó, en dos por tres tirarian los bancos de Lóndres si los hubieran á las manos.

¡Es una vergüenza que á unos hombres regularmente bien nacidos, y sin la desgracia de la demencia, sea menester que las leyes los sujeten á la tutela y los reduzcan al estado de pupilos, como si fueran locos ó muchachos! Pero así sucede, y yo he conocido algunos de estos mayorazgos sin cabeza.

Si yo hubiera sido mayorazgo, nó me hubiera quedado por corto para tirar todo el caudal en dos semanas, pues era *flojo, vicioso y desperdiciado*: tres requisitos que con solo ellos sobra para no quedar caudal á vida por opulento y pingüe que sea.

Atando el hilo de mi historia digo: que ya me cansaba yo de disimular la virtud que no tenía, y deseando romper el nombre y quitarme la máscara de una vez, le dije un dia á mi madre: Señora, ya no tarda nada el dia de S. Pedro. ¡Y qué me quieres decir con eso? Preguntó su merced. Lo que quiero decir, le respondí, es que ese dia es de mi Santo, y muy propio para quitarnos el luto. ¡Ay! no lo permita Dios, decia mi madre. ¡Yo quitarme el luto tan breve? ni por un pienso. Amé mucho á tu padre, y agraviaría su memoria si me quitara el luto tan presto.

¡Cómo tan presto, señora? decia yo, ¡pues ya no han pasado seis meses? ¡Y qué, decia ella toda escandalizada, seis meses de luto te parecen mucho para sentir á un padre y á un esposo? No hijo, un año se debe guardar el luto riguroso por semejantes personas.

Ya vds. verán que mi madre era de aquellas señoras anti-

guas que se persuaden á que el luto prueba el sentimiento por el difunto, y gradúan este por la duracion de aquel; pero esta es una de las innumerables vulgaridades que mamamos con la primera leche de nuestras madres.

Es cierto que se debe sentir á los difuntos que amamos, y tanto mas, quanto mas estrechas sean los relaciones de amistad ó parentesco que nos unian con ellos. Este sentimiento es natural, y tan antiguo, que sabemos que las repúblicas mas civilizadas que ha habido en el mundo, Grecia y Roma, no solo usaban luto, sino que hacian aun demostraciones mas tiernas que nosotros por sus muertos. Tal vez no os disgustará saberlas.

En Grecia á la hora de espirar un enfermo, sus deudos y amigos que asistian, se cubrian la cabeza en señal de su dolor para no verlo. Le cortaban la estremidad de los cabellos, y le daban la mano en señal de la pena que les causaba su separacion.

Despues de muerto cercaban el cadáver con velas*: lo ponian en la puerta de la calle, y cerca de él ponian un vaso con agua lustral, con la que rociaban á los que asistian á los funerales. Los que concurrían al entierro y los deudos, llevaban luto.

Los funerales duraban nueve dias. Siete se conservaba el cadáver en la casa, el octavo se quemaba, y el noveno se enterraban sus cenizas. Con poca diferencia hacian lo mismo los romanos.

Luego que espiraba el enfermo, daban tres ó cuatro alaridos para manifestar su sentimiento. Ponian el cadáver en el sue-

* En los primeros dias del cristianismo se usaban ya los cirios ó hachas de cera; pero anteriormente no se conocian, pues que ni en pinturas ni en grabados ó medallas se ve algo que se les parezca, y *candela* propriamente quiere decir *lux*.—E.

lo, lo lavaban con agua caliente, y lo ungian con aceite. Despues lo vestían y le ponían las insignias del mayor empleo que habia tenido.

Como aquellos gentiles creían que todas las almas debían pasar un rio del infierno que llamaban *Aqueronte*, para llegar á los Eliseos, y en este rio habia solo una barca, cuyo amo era un tal *Caron*, barquero interesable que á nadie pasaba si no le pagaban el flete, le ponían los romanos á sus muertos una moneda en la boca para el efecto.

A seguida de esto, esponían el cadáver al público entre hachas y velas encendidas, sobre una cama en la puerta de la casa.

Cuando se habia de hacer el entierro, se llevaba el cadáver al sepulcro ó en hombros de gente ó en literas, (como nosotros ántes de hoy los llevábamos en coches). Acompañaba al cadáver la música lúgubre, y unas mugeres lloronas alquiladas, que llamaban por esta razon *Praeficae*, y en castellano se llaman plañideras, que con sus llantos forzados reglaban el tono de la música y el punto que habia de seguir en el suyo el acompañamiento.

Los esclavos á quienes el difunto habia dado libertad en su testamento, iban con sombreros puestos y hachas encendidas. Los hijos y parientes con los rostros cubiertos y tendido el caballo. Las hijas con las cabezas descubiertas, y todos los demas amigos con el pelo suelto y vestidos de luto.

Si el difunto era ilustre, se conducía primero el cadáver á la plaza, y desde una columna que llamaban *de las arengas*, un hijo ó pariente pronunciaba una oracion fúnebre en elogio de sus virtudes. Tan antiguos así son los sermones de honras.

Despues de esto, se conducía el cadáver al sepulcro, sobre cuyo lugar hubo variacion. Algun tiempo se conservaban los cadáveres en las casas de los hijos. Despues viendo lo perjudicial de este uso, se estableció por buen gobierno que se sepultasen en despoblado; y ya desde entónces procuraba cada

uno labrar sepulcros de piedra para sí y su familia *. Lo mismo observaron los griegos, con excepcion de los lacedemonios. Los pobres que no podian costear este lujo, se enterraban como en todas partes, en la tierra pelada.

Despues se acostumbró quemar á los héroes difuntos. Para esto ponian el cadáver sobre la *Pira* † que era un monton bien elevado de leña seca, la que rociaban con licores y aromas olorosos, y los parientes le pegaban fuego con las hachas que llevaban encendidas, volviendo en aquel acto las caras á la parte opuesta.

Miéntas ardia el cadáver, los parientes echaban al fuego los adornos y armas del difunto, y algunos sus cabellos en prueba de su dolor.

Consumido el cadáver, se apagaba el fuego con agua y vino, y los parientes recogian las cenizas, y las colocaban en una urna entre flores y aromas. Despues el sacerdote rociaba á todos con agua para purificarlos, y al retirarse, decian todos en alta voz: *Aeternum vale, ó que te vaya bien eternamente*, cuyo buen deseo esplica mejor nuestro *requiescat in pace. En paz descansa*. Hecho esto, se colocaba la urna en el sepulcro, y grababan en él el epitafio, y estas cuatro letras S. T. T. L. que querian decir: *Sit tibi terra levis. Séate la tierra leve*, para que los pasajeros desearan su descanso. Entre nosotros se ve una cruz en un camino, ó un retablitto de algun matado en una calle, á fin de que se haga algun sufragio por su alma.

* ¡Bella providencia! que hemos visto imitada en México desde la peste de 1813, aboliéndose el envejecido abuso de sepultarse los cadáveres en las iglesias, y dándoles sepulcros en los campos santos subervios, conforme á las determinaciones de los Concilios. ¡Ojalá no se olvide, ni haya sns infracciones toleradas ó impunes!

† Esta costumbre remedan nuestras piras. Por esto se hacen elevadas, se colman de luces, se adornan con jarras que despiden aromas olorosos, se colocan los bustos de los difuntos en sus cúpulas, y se ponen con las insignias de sus empleos.

Concluida la funcion, se cerraba la casa del difunto, y no se abria en nueve dias, al fin de los cuales se hacia una conmemoracion.

Los griegos cerca de la hoguera ó pira ponian flores, miel, pan, armás y viandas.... ¡Ay! ofrendas, ofrendas de los indios ¡qué antiguo y supersticioso es vuestro origen! * Toda la funcion se concluia con una comida que se daba en casa de algun pariente. Hasta esto imitamos: acordándonos que los duelos con pan son menos.

¡Y acaso solo los griegos y romanos hacian estos estremos de sentimiento en la muerte de sus deudos y amigos? No, hijos, míos. Todas las naciones, y en todos tiempos han expresado su dolor por esta causa. Los Hebreos, los Sirios, los Caldeos, y los hombres mas remotos de la antigüedad, manifestaban su sensibilidad con sus finados, ya de uno, ya de otro modo. Las naciones bárbaras sienten y espresan su sentimiento como las civilizadas.

Justo es sentir á los difuntos, y en los libros sagrados leemos estas palabras: Lloro por el difunto, porque ha faltado su luz ó su vida. *Supra mortum plora, defecit enim, lux ejus.* (Eccl. Cap. 22 V. 10.) Jesucristo lloró la muerte de su querido Lázaro; y así seria un absurdo horroroso el llevar á mal unos sentimientos que inspira la misma naturaleza, y blasfemar contra las demostraciones esterioras que los espresan.

Así es, que yo estoy muy léjos de criticar ni el sentimiento ni sus señales; pero en la misma distancia me hallo para calificar por justos los abusos que notamos en éstas, y creo que todo hombre sensato pensará de la misma manera; porque ¡quién

* Todavía hay pueblos donde los indios ponen á sus muertos un itacate, que es un envoltorio con cosas de comer, y algunos realillos. En otros, á mas de esto, les esconden un papel lleno de disparates para el Eterno Padre, y sus ofrendas son con igual supersticion. En otro lugar diremos quienes sostienen estos abusos.

ha de juzgar por razonables las *lloronas* alquiladas de los romanos, ni los *fletes* que ponian á sus muertos en la boca? ¿Quién no reirá la tontería de los Coptos, que en los entierros corren por las calles dando alaridos en compañía de las *plañideras*, echándose lodo en la cara, dándose golpes, arañándose, con los cabellos sueltos, y representando todo el exceso de unos furiosos dementes? ¿Quién no se horrorizará de aquella crueldad con que en otras tierras bárbaras se entierran vivas las viudas principales de los reyes ó mandarines, &c.?

Todos, á la verdad, criticamos, afeamos y ridiculizamos los abusos de las naciones extranjeras, al mismo tiempo que ó no conocemos los nuestros, ó si los conocemos, no nos atrevemos á desprendernos de ellos, venerándolos y conservándolos por respeto á nuestros mayores, que así los dejaron establecidos.

Tales son los abusos que hasta hoy se notan en orden á los pésames, funerales y lutos. Luego que muere el enfermo entre nosotros, se dan sus alaridos, regularmente, para manifestar el sentimiento. Si la casa es rica, es lo mas usado despachar al muerto al depósito; pero si es pobre, no se escapa el *velorio*. Este se reduce á tender en el suelo el cadáver, ya amortajado en medio de cuatro velas, á rezar algunas estaciones y rosarios, á beber dos chocolates, y (para no dormirse) á contar cuentos, y á entretener el sueño con boberías, y quizá con criminalidades. Yo mismo he visto quitar créditos y enamorar, á la presencia de los difuntos. ¿Si serán estas cosas por via de sufragios?

Algun tanto calman los gritos, llantos y suspiros en el intermedio que hay desde la muerte del deudo hasta el acto de sacarlo para la sepultura. Entónces, como si un cadáver nos sirviera de algun provecho, como si no nos hicieran un gran favor con sacarnos de casa aquella inmundicia, y como si al mismo muerto lo fueran á descuartizar vivo, se redobra el dolor de sus deudos: se esfuerzan los gritos: se levantan hasta el

cielo los ayes: se dejan correr con ímpetu las lágrimas, y algunas veces son indispensables las pataletas y desmayos, especialmente entre las dolientes bonitas: * unas veces originados de su sensibilidad, y otras de sus monerías. Y cuidado, que hay muchachas tan diestras en fingir un acceso epiléptico, que parece la mera verdad. Por lo comun son unos remedios eficaces, para hacer volver á algunas, los consuelos y los chiqueos de las personas que ellas quieren.

Dejarémos á los dolientes en su zambra de gritos y desmayos, miéntras observamos el entierro.

Si el muerto es rico, ya se sabe que el fausto y la vanidad lo acompañan hasta el sepulcro. Se convidan para el entierro á los pobres del Hospicio, los que con hachas en las manos acompañan ¡cuántas veces! los cadáveres de aquellos que cuando vivos aborrecieron su compañía.

No me parece mal que los pobres acompañen á los ricos cuando muertos; pero seria mejor, sin duda, que los ricos acompañasen á los pobres cuando vivos, esto es: en las cárceles, en los hospitales y en sus chozas miserables; y ya que por sus ocupaciones no pudieran acompañarlos ni consolarlos personalmente, siquiera que los acompañara su dinero aliviándoles sus miserias. Aquel dinero, digo, que mil veces se disipa en el lujo y en la inmoderacion. Entónces sí, asistirían á sus funerales no los pobres alquilados, sino los socorridos. Estos irían sin ser llamados, llorando tras el cadáver de su bienhechor. Ellos en medio de su afliccion dirían: ha muerto nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro tutor, y nuestro todo. ¿Quién nos consolará? ¡Y quién substituirá el lugar de este genio benéfico?

* Yo he observado que estos males casi nunca acometen á las viejas ni á las feas. Los médicos acaso sabrán la causa de este fenómeno; y sabrán por qué á una muchacha que conocí no le daba su mal cuando tenia las medias sucias.

Esta sí fuera asistencia honrosa, y los mayores elogios que pudieran lisongear el corazón de sus parientes; porque las lágrimas de los pobres en la muerte de los ricos, honran sus cenizas, perpetúan la memoria de sus nombres, acreditan su caridad y beneficencia, y aseguran con mucho fundamento la felicidad de su suerte futura con mas solidéz, verdad y energía que toda la pompa, vanidad y lucimiento del entierro. ¡Infelices de los ricos cuya muerte ni es precedida ni seguida de las lágrimas de los pobres!

Volvámos al entierro. Siguen metidos dentro de unos sacos colorados, unos cuantos viejos, que llaman trinitarios: despues van algunos eclesiásticos y con ellos otros muchos monigotes al modo de clérigos: á esta comitiva sigue el cadáver y tras él una porcion de coches.

La iglesia donde se hacen las exequias está llena de blandones con cirios, y la tumba magnífica y galana. La música es igualmente solemne aunque fúnebre.

Durante la vigilia y la misa, que para algunos herederos no es de *requiem* sino de *gracias*, no cesan las campanas de aturdirnos con su cansado clamoreo, repitiéndonos

*Que ese doble de campana
No es por aquel que murió,
Sino porque sepa yo
Que me he de morir mañana.*

Bien que de esta clase de recuerdos deben aprovecharse, especialmente los ricos, pues estos dobles solo por ellos se echan, y les acuerdan que tambien son mortales como los pobres, por los que no se doblan campanas, ó si acaso, es poco y de mala gana; y así los pobres son en la realidad *los muertos que no hacen ruido*.

Se concluye el entierro con todo el fausto que se puede, ó que se quiere, cuidándose de que el cadáver se guarde en un

cajon bien claveteado, forrado y aun dorado (como lo he visto), y tal vez que se deposite en una bóveda particular, ya que los mausoleos son privativos á los príncipes, como si la muerte no nos hiciera á todos iguales, verdad que atestigua Séneca diciendo en la ep. 102, *que la ceniza iguala á todos*. ¡Quién distinguirá las cenizas de Cesar ó Pompeyo de las de los pobres villanos de su tiempo?

Toda esta bambolla cuesta un dineral, y á veces en estos gastos tan vanos como inútiles se han notado abusos tan reprehensibles que obligaron á los gobernantes á contenerlos por medio de las leyes, mandando éstas que siendo los gastos de los funerales excesivos, atendidos los haberes y calidad del difunto, los modifique el juez del respectivo domicilio.

Entra aquí la grave dificultad para saber cuando no hay exceso en estos gastos. Confieso que será muy rara la vez que el juez pueda decidir en este caso, porque casi siempre le faltarán los conocimientos interiores del estado de las cosas del finado; y así solo podrá determinar el exceso con atención á su calidad. Supongamos: cuando un plebeyo conocido quiera sepultarse con la pompa de un conde, y aun entonces si tiene dinero con que pagarla, no sé si se burlará de las leyes; pero Horacio sí lo sabia cuando dijo: que todo, la virtud...entiéndase, los elogios que á ella son debidos, la fama y el esplendor obedecen á las hermosas riquezas, y el que las sepa acopiar será ilustre, valiente, justo, sábio, y lo que quiera.

Mas hablando á lo cristiano, yo no me detendré en fijar la regla por donde se deba conocer cuando hay exceso en los funerales.

Ya sé que parecerá nimiamente escrupulosa, pero aseguro que es infalible y muy sencilla. Se reduce á que lo que se gaste de lujo en los funerales no haga falta á los acreedores, ni á los pobres.

¡Y si los acreedores están pagados y á los pobres se les han

dado algunas limosnas, no podrá el finado disponer á su voluntad del quinto de sus bienes? Sí podrá, se responde: pero luego, luego pregunto: ¿lo que se gasta en lujo no estuviera mejor empleado en los pobres que siempre sobran? Es inconcuso. Pues en este caso ¿cuál es el lujo que se deberá usar lícitamente entre cristianos? Ninguno á la verdad. Digo esto si hablo con cristianos, que si hablara con paganos que afectaran profesar el cristianismo, seria menos escrupuloso en mis opiniones. Vamos á otra cosa.

A proporcion de los abusos que se notan en los entierros de los ricos, se advierten casi los mismos en los de los pobres; porque como estos tienen vanidad, quieren remedar en cuanto pueden á los ricos. No convidan á los del Hospicio, ni á los trinitarios, ni á muchos monigotes, ni se entierran en conventos, ni en cajon compuesto, ni hacen todo lo que aquellos, no porque les faltan ganas, sino reales. Sin embargo, hacen de su parte lo que pueden. Se llaman á otros viejos contrahechos y despilfarrados que se dicen, *hermanos del Santísimo*; pagan sus siete acompañados: la cruz alta: su cajoncito ordinario &c., y esto á costa del dinero, que ántes de los nueve dias del funeral suele hacer falta para pan á los dolientes.

Es costumbre amortajar á los difuntos con el humilde sayal de San Francisco; pero si en su origen fué piadosa, en el dia ha venido á degenerar en corruptela.

Estoy muy léjos de murmurar la verdadera piedad y devoción; y el objeto de mi presente crítica recae únicamente sobre el simoniaco comercio * que se hace con las mortajas, y los perjuicios que resienten las gentes vulgares por vestir á sus muertos de azul y á tanta costa.

* Si hubiese exactitud en esta expresion, podria decirse muy bien que las mortajas son bienes espirituales. Pero no es así, y es otro el nombre con que debe designarse lo que hay de abusivo en esta práctica.—E.

Las mortajas se venden á un precio excesivamente caro, cual es el de doce pesos y medio, si es para hombre, y seis pesos dos reales para muger. Los pobres, apenas muere el enfermo, tratan de solicitarle la mortaja, ¿y si no tienen dinero? Se empeñan, se endrogan, y aun piden limosna para ello, haciendo falta para pan á las criaturas lo que gastan en un trapo inútil y asqueroso, pues no pasa de ahí la mejor mortaja, cuando se pone á un muerto, quien está en el caso de no poder ganar ninguna indulgencia; y como para gozar estas gracias espirituales se necesita estar en el estado de merecer, se sigue que en no vistiendo al enfermo la mortaja en vida, despues de muerto le valdrá tanto como el capisallo del gran Chino.

Vosotros, si teneis en el discurso de vuestra vida algunos deudos, y sus fallecimientos acaecen en medio de vuestra indigencia, no os aflijais por el entierro, ni por la mortaja. El entierro se facilita con tres pesos cuatro reales, que distribuireis en esta forma. Doce reales de un cajon: un peso para los cargadores, y otro para el sepulturero que les labre la casa en el campo santo.

La mortaja será mas barata si os conformais con vuestra pobreza. Los judíos acostumbraban liar á sus muertos con unas vendas que llamaban *Sudarios*, y despues los envolvian en una sábana limpia. Así podeis hacerlo, y quedarán los vuestros tan amortajados como el mejor. Por cierto que no fué otra la mortaja de Jesucristo.

Acabados los entierros, siguen los pésames. Para recibir estos, se cierran las puertas: se colocan las señoras mugeres en los estrados, y los señores hombres en las sillas, todos enlutados y guardando un profundo silencio durante esta ceremonia ó cuando mas, hablando en voz baja porque no les dé alferencia á los dolientes, cuya moderacion y respeto acaso no se observó tan escrupulosamente en la enfermedad del finado.

Tambien he notado como abuso en estos lances, que las conversaciones que se tienen con los dolientes se dirigen á celebrar y ponderar las virtudes del difunto: á traer á la memoria las causas que produjeron su enfermedad; lo que padeció en ella: los remedios que le ministraron: lo que tardó en la agonia, y otras impertinencias semejantes, con cuya relacion atormentan mas los afligidos espíritus de sus parientes.

Esta costumbre de dar pésames se contrae á dos cosas. La primera, á manifestar que tomamos parte en el sentimiento de aquellas personas á quienes los damos, ya por razon de parentesco, ó ya por la amistad que teniamos con el difunto. La segunda, para consolar en lo posible á sus dolientes, ofreciéndoles nuestros arbitrios temporales, y asegurándoles que con los suyos uniremos nuestros votos para que se aumenten los sufragios de que consideramos á su alma necesitada.

Ya se ve que todo este ceremonial, es casi siempre un embuste solemne, un cumplimento de rutina, y una de las costumbres mas bien recibidas.

No parecerá muy avanzada esta proposicion á quien advierta que, no digo los parientes remotos y los amigos; pero los mas inmediatos y aun los mas favorecidos del difunto, pasado poco tiempo, no se vuelven á acordar de él; porque con el discurso de los dias el corazon se serena, las lágrimas se enjugan, la falta se suple, los beneficios se olvidan y todo se borra, á pesar de cuantos gritos, alharacas, lágrimas, pataletas y faramallas se prodigaron en la escena triste de su muerte.

Y si este olvido se nota en el hijo, en la esposa, y en el hermano, ¿qué esperanza podrán tener los pobres muertos en los sufragios tan prometidos por los que solo van al velorio por beber el chocolate, y á dar el pésame porque les llevaron el convite, por mas que al despedirse digan *que no los olvidarán en sus oraciones, aunque malos?*

Este asunto es muy sério. Lo suspenderemos, miéntras a-

cabamos de refutar el abuso de hablar de los difuntos al tiempo de dar los pésames, porque si como hemos dicho, uno de los objetos de estos *pesamenteros* es aliviar el sentimiento de los dolientes, parece que es un error que puede calificarse de impolítico el renovar los motivos de dolor á los deudos al tiempo mismo que pretendemos consolarlos.

No puede menos que atormentarse el corazon de la muger ó hijo del difunto al oír decir: *¡qué bueno era D. Fulano! ¡Qué atento! ¡Qué afable! ¡Ay, mi alma!* dice otra: *tiene vd. mil razones de llorarlo; no hallará otro marido como el que perdió;* y otras sandeces de estas, que son otros tantos tornillos con que están apretando el corazon que quieren consolar. De modo que estas políticas lisonjas, son unos indiscretos torcedores de los espíritus afligidos.

¿Cuánto mejor no fuera sustituir á esta fórmula imprudente de dar pésames, otra opuesta, en la que ó se trataran asuntos festivos é indiferentes, ó mas bien se redujera solo esta etiqueta á ofrecer con sinceridad sus haberes y proporciones á la voluntad de los dolientes, en caso de haberlos menester? Pues, pero con verdad, no con faramalla, y cuando los dichos dolientes estuvieran satisfechos de esta verdad, seguramente quedarían mas bien consolados que con todos los panegíricos que hoy dedican los *pesamenteros* á sus muertos.

Pero volviendo á estos, digo: que pobre del que se muere si no ha procurado en vida facilitarse el camino de su salvacion, ateniéndose á los hijos, á los amigos y albaceas.

Vemos (y muy frecuentemente) que muchos, que tal vez tienen proporciones; miéntras viven, ni dan limosna, ni se hacen decir una misa, ni pagan sus deudas, ni restituyen lo mal habido, ni practican ninguna obligacion de aquellas que nos impone la religion y nuestro mismo interes; pero llega la hora en que nuestros oidos no pueden menos que escuchar la verdad. Les intima el médico la sentencia de su muerte: conocen ellos

que puede no errar el pronóstico; porque su naturaleza se debilita por instantes mas y mas: se apodera de sus corazones el temor de la eternidad que los espera: se llama al confesor y al escribano: vienen los dos casi juntos: se hace la confesion de prisa y Dios sabe como: se sigue el testamento: se dispone todo: se declaran las deudas: se manda pagar: se nombran albaceas para el efecto: se ordena hacer las limosnas que llaman mandas forzosas: algunas á los pobres: decir algunas misas por su alma, y hecho todo esto, se recibe el sagrado Viático, los santos Oleos, y muere el enfermo muy consolado; pero ¡ah! . . . ¡Cuánto hay que desconfiar de estas buenas disposiciones, cuando se hacen á la orilla misma del sepulcro!

Se dan limosnas y se mandan hacer restituciones (si se mandan hacer) en aquella hora, porque no se pueden llevar los caudales á la sepultura. Se mueren muy confiados en que los albaceas cumplirán el testamento, ¡y cuántas veces se engañan los testadores? ¡Cuántas veces se trasforman los albaceas en herederos, y los curadores *ad bonu* en tenedores de bienes? Innumerables. No, no son raras las quejas que se oyen todos los dias á los pobres menores á quienes ha dejado por puertas ó la mala fé, ó la mala administracion de aquellos.

Todo lo dicho os enseña á no esperar, como dicen, á la hora de los gestos para disponer de vuestras cosas: porque entónces el susto y la precipitacion, rebajan mucha parte del acierto.

Llegamos á los lutos en los que como visteis con mi madre, caben tambien los abusos. El luto no es mas que una costumbre de vestirse de negro para manifestar nuestro sentimiento en la muerte de los deudos ó amigos; pero este color á merced de la dicha costumbre, es solo señal, mas no prueba del sentimiento. ¡Cuántos infelices no se visten luto en la muerte de las personas que mas aman, porque no lo tienen? Y su dolor es innegable. Al contrario, ¡cuántas viuditas jóvenes, cuántos hi-

jos y sobrinos malos é interesables, que desearon la muerte del difunto por entrar en la posesion de sus bienes no se vestirán unos lutos muy rigurosos así por seguir la costumbre, como por persuadirnos que están penetrados del sentimiento que no conocen?

El color, dicen los fisicos, que es un accidente que no altera la sustancia de las cosas; y así, el buen hijo sentirá á su padre, la buena esposa á su marido y los buenos amigos á sus amigos, ora se vistan de negro, ora de azul, ora de verde, encarnado ó cualquier color. Y al contrario: el deudo que no amaba á su pariente, ó que quizá descaba que espirara por heredarlo, no lo sentirá mas que se eche encima cuantas bayetas negras hay en todas las luterias del mundo.

En algunas provincias del Asia, el color blanco es el que han adaptado para luto; y entre nosotros que se acostumbra vestirse de negro el Viérnes Santo y el dia de Finados, se observa que no es por sentimiento, sino por lujo.

Despues de todo, no tengo por abuso el traje negro en semejantes casos; pero sí califico por tal, aquel determinado número de dias que se traen los lutos para denotar nuestro mayor ó menor sentimiento, segun las graduaciones de parentesco que se tiene con los difuntos.

Ya habeis visto que en el tiempo de mi madre, un año era el prefijado para llevar el luto por los padres, hijos y consortes *, seis meses por los hermanos, tres por los sobrinos &c. Esta no puede menos que ser una bobera; porque si se amaba á los difuntos verdaderamente, y el luto es la prueba del sentimiento, en ningun tiempo se debia quitar, porque en ningun tiempo debia cesar el motivo; y si no se amaban, era indiferente el

* En la capital de México ya no se ve tanto de esto; pero en los pueblos, villas y otras ciudades del reino, aun observan religiosamente estos abusos.

llevarlo pocos ó muchos meses, pues que no prueba sentimiento el trage negro.

Algunas de estas reflexiones hice á mi madre, hasta que la desentusiasmé de su capricho, y me ofreció que nos quitaríamos el luto para el dia de San Pedro, que era cuanto yo deseaba, para quitarme tambien la máscara de la virtud que habia fingido, y correr á rienda suelta por toda la carrera de los vicios, disfrutando de mi libertad enteramente, y tirando con mis amigos los pocos medicillos que mi padre habia economizado para la subsistencia de mi pobre madre.

Segun esta determinacion, se me hizo un vestido de petimetre para ese dia, y se dispuso su almuerzo, comida, y bailecito para la noche.

Llegó el tan deseado para mí 29 de Junio: me quité los trapos negros, que hasta entónces habian sido escolares, y me planté de gala á lo secular. Parece que con campana llamaron á todos los parientes y conocidos ese dia: muchos que no habian vuelto á casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habian ido á dar á mi madre, se encajaron entónces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario, Pelayo, y otros como ellos, que tambien llevaron al baile á sus madamas tituladas que lo eran tambien mias. En una palabra, el olor del guajolote y del pulque de piña, acarreó ese dia á mi casa una porcion de amigos mios, parientes y conocidos de mi madre, que fueron á cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida, y á su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin, al fin, salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile, y todos, alguna cosa de lo mismo que habian disfrutado.

Lam. 14.



EL PERIQUILLO.

Como P.

¡Qué necedad es tener una diversion pública! Se gasta el dinero, se sufren mil incomodidades, se pierden algunas cosas, y siempre se queda mal con los mismos á quienes se pretende obsequiar; y se recibe en murmuracion y habladurías, lo que se pretende recibir en agradecimiento.

Sin embargo de todo esto, como entónces yo no pensaba así nada me daba cuidado, ni en nada pensé sino en divertirme y holgarme á costa del dinero; aunque es verdad que en aquella hora me adularon bastante, especialmente las coquetas; con cuyos elogios dí por bien empleado el dinero que se gastó, y las incomodidades que sufrió mi madre.

CAPITULO XIV.

Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresion hablando de la mala educacion que dan muchos padres á sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran á sus padres.

CANSADOS de bailar y de beber, se acabó el baile como todos se acaban. A las doce poco mas de la noche se fueron yendo los mas prudentes, ó los menos tontos que no trataban de desvelarse. Los demás que se quedaron, fuérase porque estrañaban el bullicio de los que se habian ido, ó porque se habian cansado ya, apenas se levantaban á bailar. Las velas estaban muy bajas y pidiendo su relevo, y los músicos (que no descuidan en empinar la copa en tales ocasiones) ya no atinaban á tocar bien el son que les pedian; y aun habia alguno de ellos que rascaba su bandolon abajo de la puente.

Januario, como tan diestro en estas escuelas, me dijo: hombre, ¡qué entristecida se ha dado el baile y tan temprano! ¡Y qué hemos de hacer? Le dije yo. ¡Cómo qué? Alegrarlo, me respondió. ¡Y con qué se alegra? Le pregunté.—Con una friolera. ¡Hay aguardiente? Sí, le dije.—¡Y azúcar y limones?—Tambien.—Pues manda que lo pongan todo en la recá-